

HOPENHAYN, Martín. *Así de frágil es la cosa.* Grupo editorial Norma. Santafé de Bogotá. 1999, 118 págs.

Juan Manuel Cuartas R.

Progresando en la lectura del libro *Así de frágil es la cosa* del filósofo Martín HOPENHAYN, poco a poco se aclara la certeza de un “frágil” reemplazable por un “fácil” (reemplazo que afecta por supuesto de manera rotunda la semántica del enunciado del título). Lo “frágil” tiene analogías de altísima complejidad: una tela de araña, una porcelana en celadón o cualquier ecosistema; la fragilidad convoca en tales casos a la sensibilización con las cosas naturales o humanas, a su aprecio, cuidado y preservación, porque de no ser así el menor acto de violencia las desterraría de la historia como ha sucedido con tantos seres y constituciones frágiles a las que les ha acaecido la violencia. Sin alejarnos del libro, la primera advertencia nuestra apunta a revelar la contradicción propia del título: lo frágil no se trata, no se enuncia, no se presenta como “cosa”; lo frágil se define, se describe, se encomienda como “dignidad” para que conserve su estatus de unas manos a otras, de unos tiempos a otros; en otras palabras, lo frágil se sabe siempre qué es, es la verdad misma de aquello que es. Hasta aquí la primera semántica, la que quiere mostrarnos HOPENHAYN en una difícil “ecuación”, como: “Nada verosímil en un desapego indoloro. / Nada rescatable en un entusiasmo histérico. / Así de frágil es la cosa” (pág. 19)

Ahora bien, bajo el recurso de la fragmentación, en un bien asimilado canon postmoderno, el discurrir filosófico de *Así de frágil es la cosa* consigue desactivar cualquier reflexión penetrante acerca de los problemas propuestos: la fragilidad, los sueños de la tribu, la duda, la voluntad, el deseo, el ego, etc.; argumentando a cambio en una suerte de circuito pansensualista que desvaloriza propiamente el rigor académico. Si juzgamos cuidadosamente la época en que nos encontramos, fácilmente reconoceremos que el discurso filosófico, de manera particular, es una

más de las opciones de lo frágil; basta que el imperio capitalista suelte un estornudo para que quede erradicado del planeta. Pero veamos en qué consiste tal fragilidad:

A Martín HOPENHAYN, que ha escrito antes sobre el nihilismo, sobre Nietzsche y sobre Foucault, que ha seguido las lecciones de Gilles Deleuze, puede no parecerle extraño que el discurso filosófico se trivialice reduciéndolo a una fórmula de mercado. Bajo la ilusión de conservar encendidos los focos de los grandes problemas filosóficos, cual cabezas de Polifemo, huecas por dentro, renovados promotores de discursos asimilan la filosofía a lo sensorial y a lo apocalíptico. Es por esta vía de los pseudo investigadores y los pseudo promotores de la filosofía, que la entidad de su discurso se muestra frágil, con posibilidad de perderse y de desaparecer diluida en pseudo discursos.

Esta gran verdad que queda denunciada, más por lo implícito que por lo explícito en el libro de HOPENHAYN, nos advierte que antes que dismantelar el edificio filosófico y exhibir sus partes, debemos recrear una pedagogía que ayude a verlo, a mantenerlo, a penetrarlo, a contenerlo. Entre los filósofos el gran pedagogo después de Platón ha sido, sin lugar a dudas, Nietzsche, y de él toma partido HOPENHAYN, pero el procedimiento formal del aforismo tiene exigencias que HOPENHAYN ignora; HOPENHAYN quiere hacer una filosofía que lo involucre a él con nombre propio y no al hombre o al ser, quiere un toque de humor en sus frases y no un “golpe de martillo”, como lo exige Nietzsche...

Y entramos, ¿cómo no?, a la recta final de nuestro comentario; la impresión de la necesidad del cambio “frágil” por “fácil” ha quedado clara si de lo que se ocupa HOPENHAYN es del discurso filosófico: “así de fácil es la cosa”, porque es fácil que esperen los editores por lo que afanosamente se escribe para poner a la venta en forma de libro, y es fácil renunciar a una lectura rigurosa de los filósofos para simplemente recaer en ligerezas que denuncian la supuesta fosilización de los saberes, pero ante todo resulta fácil presentarse como más elocuente, más agudo, sin pedagogía alguna, sin rigor alguno. Así, por supuesto, es fácil hacer filosofía:

“Miedo a más: a desbordarse, a resbalar, a desparramarse. No es la auto-expansión lo que temo, sino la viscosidad que pueda resultar de ello” (pág. 102)

Fácil recaer en uno de los problemas centrales desde el siglo XVI y clausurarlo con una fórmula:

"El moderno confunde el dominio de la utopía con la utopía del dominio. El postmoderno confunde la utopía del olvido con el olvido de la utopía. ¿Qué le pasa a la dialéctica que no logra dialectuzar?" (pág. 30)

En otro sentido, bajo otra brújula crítica, el libro de Martín HOPENHAYN, que ha querido presentarse como *thesavrus* de aforismos al mejor estilo nietzscheano, acaso dé cuenta de un claro propósito literario-poético: circular en la escritura sin más horizonte que el deseo. Pero ya serán los teóricos del objeto literario quienes sopesen las metáforas y abran el catálogo de los géneros discursivos para calibrar esta tesitura de lo frágil. Cosa difícil, ciertamente.